

NICOLÁS
MAQUIAVELO
EL PRÍNCIPE

(COMENTADO POR
NAPOLEÓN BONAPARTE)

Introducción
Giuliano Procacci

Traducción y notas
Eli Leonetti Jungl

Humanidades
AUSTRAL



Índice

Portada

Biografía

Introducción

El Príncipe

Nicolás Maquiavelo al magnífico Lorenzo de Médicis

I. Cuántas son las formas de principado y cómo se adquieren

II. Los principados hereditarios

III. Los principados mixtos

IV. Por qué razón el reino de Darío, conquistado por Alejandro, no se rebeló a sus sucesores, una vez muerto éste

V. Cómo hay que gobernar las ciudades o los principados que, antes de ser ocupados, vivían con sus propias leyes

VI. Los principados nuevos que se conquistan con los propios ejércitos y la propia virtud

VII. Los principados nuevos que se conquistan gracias a la suerte y a las armas de otros

VIII. De los que han llegado al principado mediante delitos

IX. El principado civil

X. Cómo hay que valorar las fuerzas de cada principado

XI. Los principados eclesiásticos

XII. Tipos de ejército: los ejércitos mercenarios

XIII. Los ejércitos auxiliares, mixtos y propios

XIV. Deberes de un príncipe frente al ejército

XV. Cualidades por las que los hombres, y especialmente los príncipes, son loados o criticados

XVI. Liberalidad y parsimonia

XVII. Crueldad y humanidad: ¿Es mejor ser amado que ser temido, o viceversa?

XVIII. De qué forma tiene que mantener su palabra un príncipe

XIX. Cómo evitar el desprecio y el odio

XX. Utilidad o inutilidad de las fortalezas y de muchas otras medidas que los príncipes toman cotidianamente

XXI. Qué debe hacer un príncipe para ser estimado

XXII. Los consejeros del príncipe

XXIII. Cómo evitar a los aduladores

XXIV. Por qué los príncipes de Italia han perdido sus reinos

XXV. Cuál es el poder de la fortuna en las cosas humanas y cómo hacerle frente

XXVI. Exhortación a tomar Italia y liberarla de los bárbaros

Comentarios de Napoleón Bonaparte

Extracto de los discursos de Maquiavelo sobre las Décadas de Tito Livio

Sumario de las máximas fundamentales de la política de Maquiavelo sacadas de sus divers

obras

Notas

Créditos

Biografía

Nicolás Maquiavelo (Floencia, 1469-1527) fue estadista, patriota y escritor florentino del Renacimiento. Trabajó al servicio de la República de Floencia, donde desarrolló una importante carrera diplomática, pero a la vuelta de los Médicis perdió el puesto que ocupaba en la secretaría del Estado y fue exiliado. Su obra política es original para su época; su principal escrito, *El Príncipe*, acarreó fama de cínico amoral. Escribió también el *Discurso sobre la Primera Década de Tito Livio*, *Historia de Floencia* y *arte de la guerra*.

INTRODUCCIÓN

EL PRÍNCIPE de Nicolás Maquiavelo es, sin duda, un clásico en el sentido más literal del término, pero también uno de los libros más desconocidos y malentendidos de la historia de la literatura mundial. Baste pensar en el sentido negativo que en todas las lenguas se da al sustantivo «maquiavelismo» y al adjetivo «maquiavélico». Con ellos usualmente se pretende designar un uso del poder político carente de prejuicios y de escrúpulos, en el que cualquier medio, incluso el más cruel, es considerado válido en la medida en que asegure la consecución de un determinado fin. No ha existido hombre poderoso en la Tierra, de Carlos V a Catalina de Médicis, a Luis XIV, a Napoleón, hasta los dictadores de la época contemporánea, del que críticos y adversarios no hayan dicho que le secretamente EL PRÍNCIPE, con el fin de obtener consejo e inspiración para su conducta política.

Muchos han contribuido a construir esta imagen negativa de Maquiavelo, sobre todo la Iglesia católica, que desde 1559 puso sus obras en el *Índice*, y con particular encarnizamiento los jesuitas, que consiguieron quemar su efigie en la plaza de Ingolstadt como «coadjutor del demonio». Sin embargo, existe también un antimachiavelismo protestante: en efecto, el primer *Antimachiavelo*, publicado en 1576, fue obra de un hugonote francés, Innocent Gentillet. Su ejemplo fue seguido por numerosos imitadores, entre los cuales, por limitarnos a los más importantes, se encuentran el jesuita español Ribadeneyra en las postrimerías del siglo XVI, y Federico II de Prusia, quien en 1740 encargó a Voltaire que escribiera un *Antimachiavelo* que publicó con su propio nombre.

No fue hasta el siglo XVIII cuando la figura y la obra de Maquiavelo fueron revalorizadas y juzgadas críticamente, gracias al trabajo de generaciones de eruditos. Sin embargo, la sombra que durante siglos se cernió en torno suyo no fue del todo eliminada; persiste aún hoy, y los ejemplos que corroboran: me limitaré a citar uno particularmente significativo: uno de los argumentos de acusación que en el curso de los procesos de Moscú formuló Viscinsky, el gran acusador, en su alegato contra Kamenev, quien había sido embajador en Roma y que se había apasionado con la lectura de Maquiavelo, fue el haber escrito un prefacio a EL PRÍNCIPE.

Tal interpretación, o mejor dicho, tal simplificación y deformación de pensamiento político de Maquiavelo se funda esencialmente en algunos capítulos de EL PRÍNCIPE, y de forma más precisa en los capítulos comprendidos entre el XV y el XIX. En ellos se puede leer que el príncipe «no se preocupe de incurrir en la infamia de aquellos vicios sin los que difícilmente se puede salvar el Estado» (cap. XVI), o que «debe, por tanto, un príncipe despreocuparse de la infamia de cruel» (cap. XVII), e incluso que, cuando se halle «necesitado, para mantener el Estado», puede «obrar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión» (cap. XVIII). En fin, que «un príncipe necesita saber utilizar con acierto a la bestia y al hombre», y que «estando, pues, necesitado de utilizar con acierto a la bestia, de entre ellas debe imitar a la vez al león y a la zorra, porque el león no se defiende de trampas, la zorra no se defiende de lobos» (cap. XVIII). Como prueba y confirmación de esas máximas Maquiavelo cita en esos capítulos una serie de ejemplos históricos: el del papa Alejandro VI Borgia, un pontífice que, ciertamente, no pasó a la historia en olor de santidad, «que no hizo otra cosa, no pensó nunca en otra cosa que en engañar a los hombres» (cap. XVIII); el de su hijo

César Borgia (cap. XVII), el celeberrimo duque Valentino, del que había ya ilustrado ampliamente sus empresas y ferocidades en el capítulo VII; el del emperador romano Alejandro Severo, que fue «un ferocísimo león y una astutísima zorra» (cap. XIX). Sin dar el nombre, hace también referencia a Fernando el Católico, que «no predica más que paz y fe, y de una y otra es enemigo» (cap. XVIII).

Los capítulos comprendidos entre el XV y el XIX no son, empero, todo EL PRÍNCIPE y, sobre todo, no es correcto aislarlos del conjunto de la obra. Ha de examinarse ésta de forma global y a tal empresa se dedica esta introducción.

EL PRÍNCIPE fue escrito en 1513, cuando su autor se acercaba a los cuarenta y cuatro años, edad avanzada para un hombre de un siglo en el que la esperanza media de vida era inferior a la actual. Pocos años después, en *El arte de la guerra*, escrito entre 1519 y 1521, Maquiavelo hablará de sí mismo como de un hombre «viejo», y no se trataba de una coquetería. En el siglo XVI un hombre de cincuenta años era un hombre ciertamente viejo, en especial si había llevado una vida intensa y agitada.

Su vida había coincidido además con uno de los períodos más tormentosos de su ciudad y de Italia: tenía veinticinco años cuando los ejércitos de Carlos VIII irrumpieron en la península, poniendo fin a una paz fundada en el equilibrio interestatal de la que aquélla había gozado en la segunda mitad del siglo XV, y cuando además los Médicis fueron obligados a dejar el señorío de Florencia, tras cuya eliminación se instauró un régimen republicano; tenía veintiocho años cuando, tras el fracaso del experimento savonaroliano, asume el cargo de secretario de la segunda cancellería, cargo en el que desempeña importantes misiones en Italia y en el extranjero en nombre de la joven república florentina: estuvo tres veces en Francia, en la corte de Luis XII; en Suiza y en Alemania en casa del emperador Maximiliano, y en casa del duque Valentino en Romania, donde fue testigo de la matanza causada por éste entre sus rivales políticos, y poco después en Roma, justo mientras se celebraba el cónclave en el que se eligió al papa Julio II, enemigo declarado de los Borgia. Tuvo parte relevante en la dirección de las operaciones para la reconquista de Pisa, que se había rebelado contra el dominio de Florencia, y en la tentativa de instituir una milicia u «ordenanza» ciudadana, que habría debido liberar Florencia de su servidumbre a las armas mercenarias.

Toda esta actividad suya queda atestiguada en sus despachos, en su correspondencia oficial y en algunos escritos breves y esenciales en los que ya se entrevé el estilo y la problemática de EL PRÍNCIPE y de las obras mayores. Tales son el *Retrato de las cosas de Francia* (1510), el *Retrato de las cosas de la Magna* (1512) y los proyectos para la constitución de la ordenanza. Aparte destaca la *Descripción del modo en que el duque Valentino asesinó a Vitellozzo Vitelli, Oliverotto di Fermo, el señor Pagolo y el duque de Gravina Orsini*, una crónica lúcida de la matanza en la que se vio implicado como testigo.

En 1512, tras la derrota de los franceses en la batalla de Rávena, la república florentina perdía su poderoso protector, y los Médicis retornaban a la ciudad. La ordenanza en la que Maquiavelo había puesto tantas esperanzas se disolvió sin oponer resistencia y él, sospechoso de haber participado en una conjura antimédicea, fue encarcelado y torturado. La elección de un Médicis, el futuro León X para el Pontificado, le amenazó con la cárcel, pero para entonces él era ya un ciudadano privado, excluido de los oficios públicos. Se retiró entonces a su casa de campo en el Albergaccio, cerca de San Casciano, y fue allí donde, a lo largo de 1513, escribió EL PRÍNCIPE. En ese trabajo Maquiavelo vol-

toda la experiencia que había acumulado en el curso de los quince años en que había servido a república, y toda la amargura que le provocó su fracaso político.

Formalmente, como se lee en el primer capítulo y como aparece en el título original (*De principatibus*), pretendía ser un tratado sobre los diferentes tipos de principado, en el que, como dice Francisco Vettori en carta de 5 de diciembre de 1513 en la que Maquiavelo anuncia que ha terminado su trabajo, se va «discutiendo qué es principado, qué clases existen, cómo se alcanzan, cómo mantienen y por qué se pierden».

En realidad EL PRÍNCIPE está totalmente alejado de los tratados humanísticos (el más reciente es el del napolitano Pontano) o medievales (el *De regimine Principum*, de Tomás de Aquino) que habían precedido. Destaca sobre todo que, a diferencia de unos y otros, éste no está escrito en latín sino en lengua vulgar (sólo los títulos de los capítulos están en latín como homenaje a la tradición), que ello representaba una novedad desde múltiples perspectivas. La lengua vulgar era normalmente empleada en las composiciones poéticas, en la novelística, en las comedias y en los diálogos, pero raramente en los tratados de carácter filosófico o político.

Pero la novedad de EL PRÍNCIPE reside sobre todo en su estructura, que no es la sistemáticamente distribuida y equilibrada propia de los tratados, y en la aproximación de su autor, que no es acompasada y neutra del tratadista. Maquiavelo mismo, en el resto de la citada carta a Vettori habla de su obra como de un «opúsculo», aún más, de un «antojo». En definitiva se trata de una obra que no permite su encuadramiento en los modelos de la literatura humanística tradicional, una obra profundamente original, incluso única, en su estructura y contenido. Tratemos, pues, de analizarla, de concretar su entramado fundamental.

Los dos primeros capítulos, en los que respectivamente se recogen de forma sucinta los diversos tipos de principado (cap. I) y se tratan los principados hereditarios y «acostumbrados a la sangre de príncipe» (cap. II), son los más breves y los más apresurados de la obra. Casi se diría que Maquiavelo es consciente de que se apresta a afrontar un tema comprometido y que en ello, como él mismo escribe «consiste la dificultad», tenía prisa por tratar la materia que mayor obsesión le producía. Dicho tema es, como se dice en el exordio del tercer capítulo, el del «principado nuevo», y es a partir de este capítulo cuando Maquiavelo entra en el meollo de su estudio. Comienza distinguiendo entre los principados nuevos, que se añaden «como miembro» a un estado preexistente (nosotros los llamaremos conquistas) y que él llama entonces «mixtos», a los cuales están dedicados los capítulos III-V, y los «principados del todo nuevos», de los que trata a partir de los capítulos VI y VII, que representan a mi juicio la clave para la comprensión de toda la obra. Están dedicados respectivamente a los «principados nuevos que se ganan con armas propias y de forma virtuosa», y a aquellos «que se ganan con las armas y la fortuna de otros». Ejemplo de los primeros son los estados fundados por los grandes legisladores de la antigüedad, como Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo, y, entre los modernos, el estado fundado por Francisco Sforza, que una vez duque de Milán, «lo que con mil afanes había conquistado con poca fatiga mantiene». Ejemplo de los segundos es el estado constituido en la Italia central en los primerísimos años del siglo XVI por el duque Valentino, quien «conquistó el Estado con la fortuna de su padre, y con ella lo perdió».

La distinción entre los dos tipos de principado consiste, por tanto, en la relación entre el momento de la conquista y el momento del mantenimiento: aquellos príncipes nuevos que alcanzan el poder por virtud propia y con sus propias fuerzas tienen mayor posibilidad de «echar barba», de enraizarse, que aquellos que llegan al poder con la ayuda de la fortuna y de las armas de otro. El

equivale a decir que en ningún caso el principado nuevo es aquel «estado obra de arte» del que habla a menudo a propósito del Renacimiento italiano, sino el resultado de un proceso y de un trabajo histórico, y que debe ser una formación estatal dotada de sólidos fundamentos y de una organización propia. Condición para que dicha formación sobreviva y se consolide, se trate de un estado adquirido por fortuna o por virtud, con armas propias o ajenas, es que el príncipe no se limite a «ocupar» o usurpar una estructura política ya existente, sino que proceda a su transformación o renovación. No es imaginable, en definitiva, un «principado nuevo» sin «orden nuevo»: esto vale para los grandes fundadores de Estados, evocados en el capítulo VI, quienes, en cuanto tales, no pueden no ser legisladores, así como para los príncipes nuevos, instalados en el poder asistidos de la fortuna, a lo que está dedicado el capítulo VII. Sus dificultades, en efecto, «en parte nacen de los nuevos órdenes que ellos mismos se ven forzados a introducir para fundamentar su estado y su seguridad». Sobre este punto convergen todos los ejemplos históricos evocados en los capítulos en cuestión. Así obró el duque Valentino, que introdujo «órdenes nuevos en las Romañas», así Oliverotto de Fermo, quien «confirmó con nuevos órdenes civiles y militares», y así el mismo «profeta desarmado» Girolamo Savonarola, de cuyo caso el joven Maquiavelo, como sabemos por una carta suya de 1498, había sido un irónico y despierto testigo.

EL PRÍNCIPE, por tanto, como tratado del Principado nuevo. Asentado este punto y establecida la conexión entre «príncipe y principado nuevo» y «órdenes nuevos», Maquiavelo puede proceder, tras haber realizado una rápida reseña en los capítulos sucesivos de los otros tipos de principado (capítulos VII-XI), a discurrir en concreto sobre esos «órdenes» y esos «fundamentos». Tales son las «buenas armas» y las «buenas leyes». En realidad, él se limita aquí a hablar de las primeras, sobre las cuales se extiende largamente dedicándoles los capítulos XII al XV. Se pueden comprender las razones de esa insistencia. Maquiavelo, como hemos visto, se había empeñado a fondo en la tentativa de instituir una «ordenanza» ciudadana en Florencia, y por ello se comprende en seguida por qué trata tanto un tema que le atañía particularmente y por qué toma partido decididamente a favor de las «armas propias», y tiene, por contra, palabras encendidas contra las milicias mercenarias, «porque aparecen desunidas, ambiciosas, sin disciplina, infieles, gallardas entre los amigos, entre los enemigos viles». Ello no significa, por otra parte, que los «órdenes nuevos» se agoten en la posesión de «armas propias», sino más bien que la reforma militar implica reformas políticas, de las cuales ésta es la coronación y la garantía, como el mismo Maquiavelo subraya, sea siquiera de modo rápido en el capítulo XII, allí donde se afirma que donde son buenas las armas «conviene que existan buenas leyes». Pero tendremos ocasión de volver sobre ese punto.

De los capítulos comprendidos entre el XV y el XXII, que son los más criticados de toda la obra de Maquiavelo, hemos explicado ya alguna cosa. Sin embargo, debería de resultar más claro llegado a este punto, que tales capítulos no pueden ser aislados del contexto que los precede y que hemos referido con brevedad, ni del que les sigue. El tema del «principado nuevo» permanece como el principal y el término de «príncipe nuevo» (se observa en particular en el capítulo XX) es recurrente. Es a él, al «príncipe nuevo», a quien Maquiavelo dirige sus consejos carentes de prejuicios. Casi al final de su obra, antes de lanzarse a su apasionada exhortación final, recapitula el contenido y la esencia de su escrito, afirmando que «las cosas supraescritas, observadas prudentemente hacen parecer a un príncipe nuevo, y lo vuelven más seguro y más firme en el estado que si hubiese envejecido dentro». El tema del príncipe nuevo aparece también en la *Exhortación a apresar Italia y liberarla de las manos de los bárbaros* con la que termina la obra. A propósito de este último capítulo

los estudiosos de Maquiavelo discutieron vivamente, en el pasado, si tal exhortación no debía de ser considerada un apéndice retórico, tal vez un añadido escrito en un segundo momento. En realidad, quien lea atentamente estas páginas inmortales no se le puede escapar su estrecha conexión con el resto de la obra y, en particular, con el capítulo VI, en el cual, como hemos visto, dibuja la figura del «príncipe nuevo» que llega a serlo por propia virtud y con armas propias. Vuelven, además precisamente, las figuras de los grandes legisladores de la antigüedad —Moisés, Ciro, Teseo, Rómulo— y vuelven con ellos el léxico y la terminología del capítulo VI: el «príncipe nuevo» es aquel que introduce «forma» en una «materia» dispuesta a acogerla y que sabe aprovechar «la ocasión» propicia para llevar a término su difícil empresa. Con la lectura de la «exhortación» que la cierra, toda la obra resulta retrospectivamente iluminada.

Podemos, por tanto, concluir aquí este rápido análisis del texto de EL PRÍNCIPE diciendo que el tema dominante que lo recorre de cabo a rabo es el de la regeneración de un organismo político corrupto o, por adoptar el término que aparece en el capítulo XXVI, de su «redención» mediante la introducción de «órdenes nuevos» por obra de un «príncipe nuevo». Y es claro también que, al plantearse Maquiavelo el problema de la regeneración de un organismo político decadente y corrupto, pensaba ante todo en aquella Italia «más esclava que los hebreos, más sierva que los persas, más dispersa que los atenienses, sin jefe, sin orden, abatida, esquilada, lacerada, corrida» que evoca en el capítulo de conclusión.

Sin embargo, es necesario en este punto disipar algunos posibles equívocos. En el curso del «Risorgimento» y de los primeros decenios de vida del estado nacional italiano, Maquiavelo es leído e interpretado como mentor, si no como profeta, de aquella unidad política que llegará a ser realidad al largo del siglo XIX. Se trata de una interpretación del todo infundada. En su experiencia como secretario florentino y a través de sus misiones diplomáticas, Maquiavelo había adquirido un profundo conocimiento de las especificidades y diferencias que caracterizaban la realidad italiana de la época que enfrentaban a los diferentes estados de la península. De entre éstos, aquel por el que tenía mayor respeto e interés era sin lugar a dudas la República de Venecia, cuyos ordenamientos internos, fundados en un sistema de pesos y contrapesos entre las diversas magistraturas y cargos del estado, aseguraban una estabilidad y un prestigio desconocidos en los otros estados italianos y en particular en Florencia. Análogamente a los otros estados, también Venecia, como Maquiavelo subrayaba en el capítulo XXII de EL PRÍNCIPE, había renunciado, sin embargo, a las «armas propias» desde hacía mucho tiempo, recurriendo a los mercenarios, con la consecuencia de que «en una jornada (la referencia es a la batalla de Agnadello de 1509 en la que los venecianos fueron derrotados por los ejércitos coaligados de la Liga de Cambray) perdieron todo lo que con tanta fatiga habían ganado en ochocientos años». Bastante más crítico es el juicio de Maquiavelo a la hora de confrontar los otros estados mayores de la península, como el Ducado de Milán y el Reino de Nápoles, ambos agobiados en su fuero interno por pesados residuos feudales y cuyos «órganos están también todos corrompidos» (*Discursos*, I, 16), aún más, despreciativo en el análisis del Estado de la Iglesia. «Éstos —leemos en el capítulo XI de EL PRÍNCIPE dedicado a los principados eclesiásticos— tienen estados, y no los defienden, súbditos, y no los gobiernan, y los estados, aunque indefensos, no les son quitados, y los súbditos, aunque sin gobierno, no se preocupan por ello, porque ni piensan separarse de ellos, ni pueden hacerlo». Mas en general, se puede afirmar que Maquiavelo es del todo consciente de cómo aquella particular formación política que fue la ciudad-estado o la «señoría» italiana, caracterizada por el predominio de la capital sobre el propio «condado» y por la consiguiente subordinación del campo a la ciudad.

dominante, estaba ya superada y era inadecuada, como la experiencia de las guerras de Italia habi demostrado ampliamente, para servir en la confrontación con las grandes monarquías transalpinas, y particular la francesa, que él conocía bien por propia experiencia.

Lo anterior vale sobre todo para su ciudad, para Florencia. No se encuentra dicho asunto en los escritos de juventud de Maquiavelo, sino en las *Historias Florentinas* que compuso en sus últimos años de vida por encargo del papa Clemente VII, y en las que se observa que no considera Florencia una ciudad rica y floreciente, sino dividida internamente en facciones rivales e impotente desde el punto de vista externo; en una palabra, una ciudad «corrupta». En uno de sus primeros escritos, *Lo que hay que decir sobre la provisión del dinero*, evoca el ejemplo de Constantinopla asediada por los turcos, cuyos ciudadanos, cuando oyeron «resonar la artillería y bramar el ejército de los enemigos» acudieron al emperador «con los regazos llenos de monedas», pero oyeron que se les contestaba: «¡id a morir con esas monedas, ya que no habéis querido vivir sin ellas!».

Así pues, Maquiavelo tiene bien claro el cuadro de la situación italiana al inicio del siglo XVI, y atribuirle el papel de anticipador de la unidad de Italia representa por ello un evidente e indebido forzamiento. Para empezar, su representación de Italia y de sus mismos confines era diferente de la que hoy tenemos. Por ejemplo, de ella, a su juicio, como se observa en su *Diálogo de nuestra lengua*, no formaba parte Sicilia. ¿En qué consiste, pues, aquella «redención» que auspicia con tanto énfasis en las páginas que concluyen *EL PRÍNCIPE*? A esta pregunta se pueden dar varias respuestas que se complementan entre ellas. Ante todo resulta evidente por *EL PRÍNCIPE* y por otras obras de Maquiavelo cómo éste tenía en mente un estado de dimensiones territoriales tales como para poder enrolar un ejército idóneo para asegurar su defensa, y, en la medida en que fuese posible, «ampliar» sus confines. Tal habría sido, si la fortuna no lo hubiese abandonado, el estado construido pieza a pieza por el duque Valentino, y tal habría podido ser el estado de los Médicis, si ellos hubieran accedido a aquella «empresa» para la que él les requería en el final de *EL PRÍNCIPE*. Pero no se trata sólo de eso, de las dimensiones y amplitud de los confines, y de cantidad de soldados a reclutar. Lo más importante es que el «principado nuevo» sea efectivamente, por su organización interna, algo profundamente distinto del viejo y «corrupto» estado ciudadano italiano. Que sólo con la introducción de «órdenes nuevos» que modifiquen su estructura interna y permitan la constitución de un organismo político más cohesionado y más moderno será posible la reforma militar que auspicia Maquiavelo. ¿Por qué razón deberían de combatir los soldados enrolados en el condado, si no reconocen como su auténtica patria al estado que les llama a las armas? Es esto lo que Maquiavelo intentaba decir, cuando en el ya citado capítulo XII afirmaba que allí donde se encuentran las buenas leyes, allí necesariamente encontrarán las buenas armas.

Ciertamente el delineado y los trazos de ese «principado nuevo» están apenas esbozados, y Maquiavelo no consigue recabar de la realidad italiana indicaciones concretas ni modelo alguno. Así pues, dirige su mirada más allá de los confines de la península y echa mano del ejemplo de las ciudades alemanas y de los cantones suizos, que, a diferencia de las ciudades y de los estados italianos, «están muy armadas y son muy libres». El modelo que observa con mayor interés es el de las grandes monarquías absolutas, y en particular, de la francesa. En el capítulo IV de *EL PRÍNCIPE* contrapone la «monarquía del Turco», en la que un solo señor manda sobre un pueblo de «siervos», con la francesa, en la que «el rey está colocado en medio de una vetusta multitud de señores» y es obligado a respetar «sus prebendas». Más adelante, en el capítulo XIX, Maquiavelo hace de nuevo referencia al reino de Francia, como uno de los «reinos bien gobernados y ordenados de nuestra

tiempo», en el que «se encuentran muchas buenas constituciones», entre las que él señala en particular el Parlamento, que ejerce una función de «freno», sea frente a la «ambición del poderoso», sea frente al «pueblo».

En definitiva Maquiavelo no sólo tiene clara la distinción entre la monarquía de tipo despótico «asiático» y la monarquía absoluta de tipo occidental, sino que logra dar de esta última una caracterización suficientemente precisa, que será retomada y desarrollada por el pensamiento político francés en la época de las guerras de religión. En el capítulo XXI de EL PRÍNCIPE encontramos una amplia referencia, esta vez explícita y nominativa, a España, que se iba convirtiendo en la potencia dominante en la península, y a Fernando el Católico, que «puede llamarse casi príncipe nuevo, porque de rey débil se ha convertido por fama y por gloria en el primer rey de los cristianos». Fundamentos de sus afortunadas empresas en Europa y en África y de la «piadosa crueldad» que fue la expulsión de los judíos, fueron el haberse servido de «su milicia» y haber sabido frenar y tener «ocupados» en guerra «aquellos barones de Castilla». Era difícil para un italiano y un florentino del Renacimiento, decir, para quien vivía en un país y en una ciudad de elevado desarrollo económico y en los que la vida intelectual había alcanzado elevadas cotas de refinamiento, comprender que aquellos ejércitos (que estaban extendidos por Italia y que sus compatriotas, comenzando por el papa Julio II, que lanzó contra ellos una suerte de cruzada, y Maquiavelo mismo, en el ímpetu de su «exhortación» consideraban «bárbaros») debían sus éxitos militares a una más moderna forma de organización política y social como eran las monarquías absolutas francesa y española. Maquiavelo quizá tan sólo lo intuyó, y bastaría ello para dar medida de la agudeza y de la modernidad de su pensamiento político.

*

EL PRÍNCIPE no es, sin embargo, la única obra de Maquiavelo. Además de ello fue autor de otros escritos literarios, entre los cuales se encuentran la comedia *La Mandrágora*, uno de los textos punteros del teatro renacentista; un tratado de arte militar, *El arte de la guerra*, en el que retoma y desarrolla el tema de las «armas propias», ya presente en EL PRÍNCIPE; las ya recordadas *Historias florentinas*, en las que reconstruye la historia de su ciudad hasta 1492, y otros escritos menores. Por otra parte se conserva también su epistolario, que supone un testimonio de rara espontaneidad y franqueza, un espejo sin fingimientos de su personalidad, de sus amores, de su gusto por la chanza, o su bizarría.

Junto a EL PRÍNCIPE, su obra principal, están también los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, que compuso entre 1513 y 1519. Es sobre todo en relación con esta última y con los trasuntos entre ésta y EL PRÍNCIPE donde se plantea el problema de una interpretación global del pensamiento de Maquiavelo. La cuestión es más bien controvertida.

Existen ante todo cuestiones de orden cronológico. En el segundo capítulo de EL PRÍNCIPE Maquiavelo afirma que no tratará de las repúblicas, «porque no razonaré de nuevo de modo tan extenso». Se entiende generalmente que esta referencia es un reenvío a los *Discursos*, los cuales, siendo una suerte de comentario sobre Livio, pueden ser considerados, sobre todo por lo que concierne al primer libro, un tratado sobre la gran república romana. En estos últimos se mencionan a menudo acontecimientos de varios años sucesivos hasta 1513, año, como hemos dicho, en que fue compuesto EL PRÍNCIPE. Por ello la hipótesis en la que están de acuerdo la mayoría de los estudiosos es que, de algún modo, Maquiavelo abandonó la redacción de los *Discursos*, que ya había iniciado antes de 1511.

para retomarla y completarla sólo después de haber escrito EL PRÍNCIPE. Muchos tienden a concretar en los capítulos XVI-XVIII del primer libro de los *Discursos*, en los que se trata de los organismos políticos «corrompidos», el punto en que Maquiavelo habría interrumpido temporalmente la redacción de los *Discursos* para dedicarse a EL PRÍNCIPE, en el cual, como se ha visto, el tema de la regeneración de los estados corrompidos está hartamente presente. El problema de la relación cronológica entre las dos obras no tendría la importancia que tradicionalmente se le ha dado, si no fuera porque el tema solapa y se entremezcla con una cuestión de contenido.

Existe, en efecto, una contradicción, al menos aparente, entre el autor que en EL PRÍNCIPE aconseja a los poderosos la ausencia de prejuicios y aquel que en los *Discursos* teje las alabanzas de la gran república romana, entre el que en EL PRÍNCIPE hace el elogio del duque Valentino y aquel que en los *Discursos* inserta una invectiva contra César por haber estrangulado la libertad republicana. De ahí las divergencias, que se ponen de manifiesto en el siglo XVIII, pero que, aunque tal vez en forma más sofisticada, se retoman también hoy y que condicionan el juicio global de la obra de Maquiavelo poniendo algunos intérpretes de su pensamiento el acento sobre EL PRÍNCIPE, y otros sobre los *Discursos*.

¿Cuál será el verdadero Maquiavelo? ¿El teórico de EL PRÍNCIPE, o tal vez el «republicano» «popular» de los *Discursos*? No es posible afrontar adecuadamente en esta introducción un tema tan complejo. Sin embargo, para una mejor comprensión de EL PRÍNCIPE es necesario decir que si se plantea en términos de dilema, la cuestión se plantea mal, y que la tendencia predominante en los estudios sobre Maquiavelo avanza en el sentido de subrayar la unidad de su obra y de su pensamiento. Ciertamente ambas obras adoptan una perspectiva diferente y es posible encontrar en ellas juicios y argumentaciones diversas, como ocurre en cualquier otro autor, pero también es verdad que el «verdadero» Maquiavelo es «todo» Maquiavelo. Por lo demás, es el propio Maquiavelo, en la dedicatoria de EL PRÍNCIPE a Lorenzo de Médicis, quien nos muestra el camino y nos ofrece la clave para resolver esa aparente contradicción:

No quiero que sea considerado presunción que un hombre de bajo e ínfimo estado se atreva a discurrir y a prescribir sobre los gobiernos de los príncipes, porque, así como los que diseñan los países se colocan en lo más bajo para poder considerar la naturaleza de los montes y otros lugares altos, y para considerar la de las cosas bajas se colocan encima de los montes, así para conocer la naturaleza de los pueblos hace falta ser príncipe, y para conocer la naturaleza de los príncipes hace falta ser pueblo.

Se trata, en definitiva, de dos ópticas diversas, no de dos aproximaciones incompatibles. Si en EL PRÍNCIPE, haciéndose consejero de los poderosos, Maquiavelo se había colocado en un alto lugar, ahora, en los *Discursos*, se gira hacia los valles y se hace «pueblo»; pero, se coloque donde se coloque, su mirada permanece igualmente penetrante, y su método idéntico.

Se puede también sostener fundadamente que los *Discursos*, lejos de representar una contraposición, son también por varios aspectos una «integración» de EL PRÍNCIPE, como tendremos ocasión de constatar en breve a propósito del concepto de «religión». En todo caso el pensamiento de Maquiavelo permanece como un todo unitario y coherente. Pero ¿en qué consisten esa unidad y esa coherencia? Y, sobre todo, ¿cuáles son las aportaciones principales y en qué sentido representan innovaciones respecto al pensamiento político precedente? Intentaré concluir esta introducción dándole algunos elementos que puedan servir para responder a esos interrogantes.

Una afirmación a menudo repetida hasta el punto de convertirse en una noción consolidada es que la principal aportación de EL PRÍNCIPE a la formación del pensamiento político moderno consiste en la distinción entre ética y política, o mejor, en el descubrimiento de la autonomía de la segunda respecto de la primera. Es esta, por ejemplo, la interpretación que del pensamiento de Maquiavelo ha hecho Benedetto Croce, aunque el origen de ésta es bastante más remoto.

A este respecto se ha observado, sobre todo, que los términos «ética» y «política» entendidos como distintos y contrapuestos derivan, como es sabido, de Aristóteles, un autor que en el siglo XV era de modo general considerado una autoridad y que Maquiavelo conocía, y fueron extensamente retomados por la filosofía escolástica medieval. Sin embargo, tales términos no forman parte ni del léxico de EL PRÍNCIPE ni del de los *Discursos*, signo no sólo del fastidio que le producía la tradición terminológica escolástica, sino además de lo ajena que resultaba a su problemática y a sus esquemas.

En efecto, si los términos «ética» o incluso «moral» no aparecen a menudo en las páginas de Maquiavelo, sí en cambio en no pocas ocasiones aparece el de «religión», por más sorprendente que pueda resultar en un autor sobre el que durante siglos pesó la acusación de impiedad. Una serie de capítulos del primer libro de los *Discursos*, los comprendidos entre el XI y XV, están justamente dedicados también al tema de la función de la «religión» en la conservación del estado, una función a la que Maquiavelo concede gran importancia. Sin embargo, de la lectura de esas páginas se desprende claramente que no se refería a ninguna religión históricamente determinada, y mucho menos a ninguna Iglesia, ya que incluso atribuía a la Iglesia católica no sólo el favorecimiento de la división de Italia, sino también el haber hecho perder a los italianos «toda devoción y toda religión» con su «re ejemplo», y haberlos dejado incluso «cautivos y sin religión». Resulta sobre todo claro que lo que interesa a Maquiavelo es lo que las diferentes religiones tienen en común, esto es, la función de vínculo social y de cohesionante político. La religión, todas las religiones, en el sentido lato del término latino «religio», no sólo liga a los hombres a Dios o a los dioses, sino que, sobre todo, liga a los hombres entre sí, instituye y consolida un sistema de costumbres y de valores morales en los que una colectividad se reconoce y se identifica.

Comprendemos ahora mejor la referencia a Moisés y a los otros grandes legisladores de antigüedad, que aparece de forma recurrente en EL PRÍNCIPE, y comprendemos el sentido de aquella singular referencia y del interés por un personaje tan lejano del laico Maquiavelo como el «profeta desarmado» Girolamo Savonarola, el fraile dominico que había amedrentado Florencia con su predicación apocalíptica, y había intentado transformar una ciudad rica y placentera en una comunidad de santos. Sobre todo entendemos mejor qué pretendía Maquiavelo cuando en EL PRÍNCIPE hablaba de los «órdenes nuevos» que hay que introducir en un organismo político: no se trata sólo de «buenas armas», y ni siquiera sólo de las «buenas leyes» que «conviene» que existan allí donde están las primeras, sino de nuevos valores y nuevas reglas de convivencia. Lo que tiene en mente, aunque puede parecer un término excesivo, es una «reforma». Maquiavelo no hace ninguna referencia en sus obras ni a Martín Lutero, ni al movimiento de Reforma por él iniciado. Sin embargo, a la luz de cuanto se ha dicho, la cercanía que tantas veces ha sido establecida entre su figura y la del monje agustino alemán sin dejar de tener en cuenta naturalmente otros paralelismos, no es del todo descabellada.

Me he detenido en el tema de la «religión», no sólo porque constituye un aspecto importante del pensamiento de Maquiavelo, sino también porque me ha parecido oportuno hacer comprender que frente a la noción tradicional (donde la aportación más consistente de Maquiavelo a la formación del pensamiento político moderno residiría en su distinción entre ética y política y en el descubrimiento

de la autonomía de esta última), la «religión» en la concepción maquiaveliana no es otra cosa que moral, la ética. En realidad, como ha observado sir Isaias Berlin en un reciente ensayo, la que existe entre ética y política es una «falsa antítesis», en cuanto que la política, si se entiende, como ha dicho Maquiavelo, como persecución de fines generales en vistas a la realización de una diversa y mejor convivencia social, implica y engloba valores éticos. La antítesis no se da, por tanto, entre ética y política, entendidas como dos actividades diferentes del actuar humano, sino más bien entre dos concepciones diferentes del mundo, o, asumiendo el término en el sentido que tiene en Maquiavelo, entre dos «religiones», en definitiva, entre dos distintos sistemas de valores, el tradicional del Cristianismo medieval y el «pagano» (el término es siempre de Isaias Berlin) del Renacimiento, de modo que Maquiavelo es hijo y en el que se reconoce.

Si no es, por tanto, en el «descubrimiento» de la autonomía de la política en lo que reside la carga innovadora, del pensamiento del secretario florentino, ¿por qué y a título de qué es generalmente considerado uno de los padres fundadores del pensamiento político moderno? Una primera respuesta a esta pregunta nos la proporciona el mismo Maquiavelo en un conocido pasaje del capítulo XV que vale la pena citar por entero:

Y, porque sé que de esto (de los «modos y gobiernos» del Príncipe) han escrito muchos, dudo, al escribir ahora también yo, que no sea considerado presuntuoso, partiendo, sobre todo en la discusión sobre la materia, de lo ordenado por los demás. Pero, siendo mi intención escribir cosas útiles para quien las entienda, me parece más conveniente ir directo a la verdad efectiva que al asunto que a su imaginación. Y muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto, ni se conoce que existan en verdad, porque está tan distante cómo se vive de cómo se debería vivir, que el que deja lo que hace por aquello que debería hacer, aprende antes su ruina que su preservación.

Maquiavelo es, por tanto, consciente de la novedad de su aproximación hasta el punto de ser considerado presuntuoso, pero no por ello está dispuesto a renunciar a atenerse a la «verdad efectiva» para perseguir el modelo y el espejismo de «imaginadas repúblicas y principados». La contenida en el pasaje citado es, por tanto, una profesión de realismo y de empirismo. Análogamente, en la dedicatoria de los *Discursos*, dirá que su obra es fruto de «una larga práctica y continua lección de las cosas del mundo», de la «lección de las cosas antiguas y de la experiencia de los modernos». Sin embargo, es necesario añadir y subrayar que no se detiene en la desconsolada constatación de que las cosas van de modo diverso a como deberían ir, y que el punto de apoyo de su realismo no es un relativismo resignado. A partir del vasto inventario de la historia de las épocas pasadas y de la contemporánea, se esfuerza por extraer las relaciones, las constantes, aquellas reglas que «raramente fallan», aquellas leyes, en definitiva, que permiten a los estados, sean repúblicas o principados, durar y prosperar. Del mismo modo que los organismos humanos, también los organismos políticos tienen su estructura, y sus correlaciones internas, y, como tales, también ellos pueden ser cuidados. Se observa a este respecto cómo en su lenguaje Maquiavelo recurre a menudo a términos tomados o en préstamo del mundo natural y vegetativo (barba, nervio, miembro, humor), e incluso del arte de la edificación (fundamentos, almenado, gravar, balancear). Él —observa todavía Isaias Berlin— «vivió cien años antes que Galileo y que Bacon, y su método es una mezcla de reglas empíricas, de observaciones, de conocimiento histórico y de sagacidad en general, algo parecido a la medicina práctica del mundo precientífico». No se puede, en cualquier caso, hablar sin forzamiento de una concepción de la política como ciencia en Maquiavelo, sino más exactamente de una concepción naturalística de la política. Si es, en consecuencia, prematuro el acercamiento y el paralelo que ha sido propuesto con Galileo y su método científico, sí puede realizarse uno con su contemporáneo Leonardo

da Vinci y su método experimental. Se trata ciertamente, también en este caso, de una aproximación que no sólo es sugestiva, sino que contiene algunos elementos fundamentados. Lo que son al origen del pensamiento científico moderno las intuiciones y las experimentaciones de Leonardo, su reclamo la experiencia como madre de todo saber, así son al origen del pensamiento político moderno las reflexiones y la obra de Nicolás Maquiavelo, su adicción a la «verdad efectiva». Murió el 21 de junio de 1527, a pocos días del Saqueo de Roma. Sólo pasados dos siglos y medio año de su muerte se erigió un monumento sepulcral en la iglesia de la Santa Cruz de Florencia sobre el que fue colocada una inscripción en la que hoy todavía se lee: «Tanto nomini nullum par elogium».

GIULIANO PROCACCINI

(Traducción: Montserrat Nebreda)

EL PRÍNCIPE

NICOLAUS MACLAVELLUS AD MAGNIFICUM LAURENTIUM MEDICEM*

(NICOLÁS MAQUIAVELO AL MAGNÍFICO LORENZO DE MÉDICIS)

Los que desean ganarse el favor de un Príncipe suelen presentarse a él, la mayoría de las veces con aquellas de entre sus pertenencias que ellos más estiman, o que él más aprecia. De ahí que muchas veces le regalen caballos, armas, telas tejidas con oro, piedras preciosas y otros adornos semejantes dignos de su grandeza. Por tanto, siendo mi deseo ofrecer a Vuestra Magnificencia algún testimonio de mi devoción hacia Vos, no he encontrado entre mis cosas nada más querido ni más estimado que mis conocimientos sobre las acciones de los grandes hombres, adquiridos a través de una amplia experiencia de las cosas modernas y una repetida lectura de las antiguas; habiéndolas examinado y considerado con gran diligencia durante mucho tiempo, las he resumido ahora en un pequeño volumen, que envío a Vuestra Magnificencia.

Y aunque considero que esta obra es indigna de seros presentada, confío no obstante en que por Vuestra benevolencia la aceptaréis, dado que no podría haceros mejor regalo que el de ofreceros la posibilidad de aprender, en poquísimos años, lo que a mí me ha costado tantos años y tantas dificultades y peligros llegar a conocer. Y no he querido adornar ni enriquecer esta obra con frases extensas o con palabras pomposas y grandilocuentes, ni con ninguno de los artificios o adornos externos con los que muchos otros suelen describir o embellecer lo que escriben¹, porque he querido que ninguna cosa la honre, o que sólo la variedad y la gravedad de la materia la hagan grata. Tampoco quiero que se considere una presunción el hecho de que un hombre de baja, es más, de ínfima condición se atreva a discurrir y a opinar sobre el gobierno de los príncipes, porque, así como los que dibujan mapas se sitúan en la llanura para estudiar la naturaleza de las montañas y de los lugares elevados, y suben a los montes para estudiar las llanuras², para conocer bien la naturaleza de los pueblos hay que ser un príncipe, y para conocer la de los príncipes hay que ser del pueblo.

Reciba, pues, Vuestra Magnificencia este pequeño regalo con el mismo ánimo con que yo se lo envío; un obsequio en el que, si lo leéis y lo consideráis atentamente, podréis reconocer uno de mis mayores deseos: que lleguéis a alcanzar toda la grandeza que la suerte y vuestras cualidades os prometen. Y si alguna vez Vuestra Magnificencia, desde la cumbre de su poder, dirige sus ojos a este humilde lugar, se dará cuenta de cuán indignamente tengo que soportar los continuos y duros ataques de una suerte adversa.

I. QUOT SINT GENERA PRINCIPATUUM ET QUIBUS MODIS ACQUIRANTUR

(CUÁNTAS SON LAS FORMAS DE PRINCIPADO Y CÓMO SE ADQUIEREN)

Todos los estados, todos los gobiernos que han regido y rigen la vida de los hombres, han sido o son repúblicas o principados. Los principados pueden ser hereditarios, cuando la estirpe de su señor los ha gobernado durante mucho tiempo, o pueden ser nuevos. Los nuevos pueden ser completamente nuevos³, como fue Milán para Francesco Sforza*, o ser como miembros adjuntos del estado hereditario del príncipe que los consigue, como es el reino de Nápoles para el rey de España. Los estados que se adquieren de esta forma pueden estar acostumbrados a vivir bajo la autoridad de un príncipe o pueden estar acostumbrados a ser libres, y se los puede conquistar con las armas de otros con las propias, con la suerte o con la virtud.

II. DE PRINCIPATIBUS HEREDITARIIS

(LOS PRINCIPADOS HEREDITARIOS)

No voy a hablar de las repúblicas, porque ya lo hice ampliamente en otra ocasión*. Me ocuparé sólo de los principados⁴, e iré tejiendo sobre la urdimbre que antes expuse, y explicaré de qué forma se puede gobernar y conservar un principado.

Digo, pues, que en los estados hereditarios que están acostumbrados al linaje de su príncipe, encuentran menos dificultades para conservarlos que en los nuevos⁵, porque basta simplemente con no transgredir la ordenación establecida por los predecesores y con enfrentarse a los imprevistos sin precipitación. De esta forma, un príncipe que sea medianamente hábil siempre se mantendrá en su estado, a menos que se lo arrebatase una fuerza extraordinariamente poderosa, y aunque lo pierda, cuando el conquistador se enfrente a alguna adversidad, lo volverá a recuperar⁶.

En Italia, entre otros ejemplos, tenemos el del duque de Ferrara*, que no pudo resistir a los ataques de los venecianos en el '84 ni a los del papa Julio en el '10, por razones que nada tienen que ver con su antigüedad en el gobierno. Porque un príncipe natural tiene menos motivos y menor necesidad de ofender, por lo que es natural que sea más amado por sus súbditos, y si no se hace odioso por la desmesura de sus vicios, es lógico que los suyos le aprecien. Además, en la antigüedad y continuidad del señorío se apagan los recuerdos y las razones que dan pie a las innovaciones, porque un cambio siempre deja el camino abierto para otro⁷.

III. DE PRINCIPATIBUS MIXTIS

(LOS PRINCIPADOS MIXTOS)

Pero en el principado nuevo sí se encuentran dificultades. Ante todo, si no se trata de un principado completamente nuevo, sino de una especie de apéndice, que en conjunto podríamos denominar casi mixto⁸, su inestabilidad nace en primer lugar de una dificultad natural propia de todos los principados nuevos: que los hombres siempre están dispuestos a cambiar de señor, creyendo que así van a mejorar, y esta convicción les hace alzarse en armas contra él; aunque se engañan, porque luego comprueban por experiencia que han empeorado. Esto se debe a su vez a otra necesidad natural y ordinaria, que es que siempre hay que ofender a los nuevos súbditos, tanto con las armas como con los numerosos ultrajes que provoca la nueva adquisición⁹. Debido a esto, siempre tendrás como enemigos a todos los que ofendiste cuando ocupaste el principado, y tampoco podrás conservar como amigos a los que te apoyaron, porque no puedes satisfacerlos como ellos esperaban; tampoco puedes emplear remedios enérgicos en su contra, puesto que estás en deuda con ellos¹⁰, porque, aunque tengas un ejército poderoso, para entrar en una región siempre hay que contar con el apoyo de sus habitantes. Por estas razones el rey de Francia Luis XII tardó muy poco en conquistar Milán, pero también tardó muy poco en perderla¹¹; y, para arrebatársela, la primera vez bastó sólo con las fuerzas de Ludovico*, porque las mismas gentes que le habían abierto las puertas, al sentirse defraudadas en sus convicciones y en sus esperanzas de futuro bienestar¹², no pudieron soportar los inconvenientes de tener un nuevo príncipe.

También es verdad que cuando se conquista por segunda vez un país que se había rebelado anteriormente es más difícil volverlo a perder, porque el señor, después de la rebelión, no tiene tantos reparos en asegurar su posición castigando a quienes le son hostiles, individuando a los sospechosos, reforzando sus puntos débiles¹³. Por eso, si para que Francia perdiera Milán la primera vez bastó con que el duque Ludovico se mostrara amenazante en la frontera, la segunda vez fue necesario que todo el mundo se le opusiera y que sus ejércitos fueran destruidos o expulsados de Italia¹⁴, y ello se debió a las razones que antes he mencionado. Pero, en cualquier caso, se la arrebataron tanto la primera como la segunda vez.

Ya hemos dicho cuáles fueron las razones generales de la primera, ahora nos queda decir cuáles fueron las de la segunda, y ver con qué recursos contaba entonces, y con qué recursos contaría hoy alguien que se encontrara en la misma situación, para afianzar mejor la conquista que Francia no llegó a conseguir¹⁵. Digo, pues, que los estados que, tras su conquista, son anexionados al antiguo estado del conquistador pueden ser vecinos por situación geográfica y por lengua, o no serlo. Cuando lo son resulta muy fácil conservarlos, especialmente cuando no están acostumbrados a ser independientes¹⁶, y para poseerlos sin peligro de perderlos basta con eliminar el linaje del príncipe que gobernaba, porque, por lo demás, si se mantienen las viejas condiciones de vida y no hay diferencias en las costumbres, los hombres viven pacíficamente. Así se ha podido comprobar en el caso de Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía*, que han permanecido largo tiempo bajo el dominio de Francia gracias a que, aunque existen algunas diferencias lingüísticas, sus costumbres son muy parecidas y

toleran fácilmente los unos a los otros. Y quien conquista este tipo de estados, tiene que respetar las condiciones, si es que quiere conservarlos: la primera es eliminar el linaje del antiguo príncipe¹⁹, y la segunda no alterar ni sus leyes ni sus impuestos²⁰. De esta manera, en muy poco tiempo se funden en un solo cuerpo con el principado antiguo²¹.

Pero las dificultades aparecen cuando se conquistan dominios en una región con lenguas y costumbres y leyes diferentes²², y hay que tener mucha suerte y mucha habilidad para conservarlos. Uno de los remedios mejores y más eficaces sería que el mismo conquistador fuera a vivir allí. Eso haría que la conquista fuese más segura y más duradera, como ha hecho el Turco en Grecia^{**}: si no hubiese ido a habitar allí, no habría podido conservarla²³, a pesar de todas las medidas que ha tomado para ello. Porque si el príncipe está presente, puede ver cómo nacen los desórdenes y poner el remedio rápidamente, mientras que si no está, sólo llegan a su conocimiento cuando ya son demasiado grandes y no tienen solución. Además, de esta forma evitas que el país sea saqueado por tus funcionarios²⁴, y los súbditos se sienten satisfechos de poder recurrir al príncipe fácilmente, cosa que les da más razones para amarlo si es que desean servirle de buena fe, y para temerlo si no es así²⁵. Además, cualquiera que quiera atacar el estado desde el exterior tendrá más miedo de hacerlo, tanto que, si el príncipe vive en él, será muy difícil que lo pierda²⁶.

Otro de los remedios más eficaces es el de instalar colonias en uno o dos lugares, para que actúen casi como si fueran cadenas para el nuevo estado, porque es imprescindible elegir entre tomar esa medida o mantener allí fuertes contingentes de infantería y de caballería²⁷. Las colonias no suponen mucho gasto; el príncipe puede enviarlas y mantenerlas allí con un gasto mínimo o nulo por su parte, ofendiendo con ello tan sólo a aquellos a quienes quita sus tierras y sus casas para dárselas a los nuevos colonos, que representan una parte mínima de la población. Los que han sido ofendidos, al ser pobres y estar dispersos, nunca podrán hacerle daño²⁸, y los demás deberían permanecer tranquilos por una parte, porque no han recibido ninguna ofensa, y por otra, porque tendrán miedo de cometer cualquier error, para que no les pase como a los que han sido expoliados²⁹. En conclusión, estas colonias no cuestan, son más fieles y causan menos daño, y los ofendidos no pueden causar problemas, puesto que se hallan dispersos y empobrecidos, como ya hemos dicho³⁰. De todo esto hay que deducir que a los hombres hay que congraciarles con un trato de favor o destruirlos, porque pueden vengarse de las ofensas leves³¹, pero no pueden vengarse de las graves; por eso, cuando se ofende a un hombre hay que hacerlo de forma que no haya que temer posibles venganzas³². En cambio, cuando en lugar de colonias se envían soldados, el gasto es mucho mayor, hasta el punto de que para pagar a las tropas hay que gastar todo lo que se recauda³³, de forma que la conquista se convierte en pérdida. Además, la ofensa también es mucho mayor, porque se perjudica a todo el país con los problemas de desplazamiento y de alojamiento del ejército, una molestia que todos sienten y en todos crea enemistad. Y son enemigos peligrosos, puesto que permanecen, después de vencidos, en su propia casa³⁴. Desde cualquier perspectiva, pues, el empleo del ejército resulta perjudicial, mientras que el de las colonias es beneficioso.

Otras cosas que debe hacer quien se encuentra en un país diferente, como hemos dicho, es convertirse en jefe y defensor de los habitantes menos influyentes, buscar la forma de debilitar a los más poderosos³⁵, y cuidarse de que de ninguna manera pueda establecerse allí ningún extranjero que iguale su poder. Y siempre serán los que estén descontentos, ya por ambición desmesurada, ya por miedo quienes le llamen³⁶; así, los romanos entraron en Grecia llamados por los etolios, y también en las demás provincias que ocuparon fueron llamados por los mismos habitantes³⁷. Lo que suele suceder

es que, en cuanto un extranjero poderoso entra en un estado, todos los que se encuentran en una situación desfavorable se unen a él, movidos por la envidia que sienten hacia quienes han estado por encima de ellos³⁸, de forma que no tiene que hacer ningún esfuerzo para ganarse su apoyo, porque seguidamente se asocian por propia voluntad con el nuevo estado que ha conquistado³⁹. Sólo tiene que tener cuidado de que no adquieran demasiado poder ni demasiada autoridad, y, contando con el apoyo de éstos y con sus propias fuerzas, podrá debilitar a los poderosos, quedando así como señor de todo el país⁴⁰. Quien no gobierne adecuadamente en este aspecto perderá pronto lo que ha conseguido, mientras lo conserve tendrá que enfrentarse a un sinnúmero de dificultades y de inconvenientes⁴¹.

Los romanos observaron bien estas reglas en los estados que ocuparon: establecieron colonias, ganaron a los menos fuertes sin dejar que creciera su poder, debilitaron a los poderosos, y no dejaron que ningún extranjero se volviera demasiado influyente⁴². Baste como ejemplo el de la provincia griega: se ganaron el favor de aqueos y etolios, debilitaron el reino de Macedonia, y expulsaron a Antíoco⁴³; nunca permitieron que los aqueos y los etolios expandieran sus estados⁴⁴, a pesar de sus méritos; las palabras de Filipo^{**} nunca pudieron convencerles para que lo trataran como a un amigo en condiciones de igualdad, y todo el poder de Antíoco nunca le permitió tener ningún dominio sobre dicha provincia⁴⁵. Porque los romanos hacían en estos casos lo que todo príncipe sabio debe hacer: no preocuparse sólo de los desórdenes del presente, sino también de los del futuro, y evitarlos por todos los medios; porque cuando los males se prevén con antelación es fácil ponerles remedio, pero si se espera hasta que están cerca, la medicina ya no surte efecto, porque la enfermedad se ha vuelto incurable. Y ocurre lo mismo que los médicos dicen de la tisis: cuando el mal está en sus comienzos es fácil de curar y difícil de reconocer, pero si pasa el tiempo sin que lo hayan detectado y curado cuando empezó, entonces se vuelve fácil de reconocer, pero difícil de curar⁴⁶. Lo mismo sucede con los asuntos de estado, porque los problemas que nacen se pueden solucionar rápidamente cuando se perciben a tiempo (un don que sólo tienen los prudentes), pero si, por no haberlos advertido a tiempo, se los deja crecer hasta que todos los conocen, ya no tienen remedio.

Por eso los romanos siempre se enfrentaron inmediatamente a los problemas que veían acercarse, y nunca dejaron que siguieran creciendo con tal de no tener que enfrentarse a una guerra, porque sabían que con ello no iban a evitarla, sino sólo a demorarla a favor de otros⁴⁷. Por eso quisieron luchar contra Filipo y contra Antíoco en Grecia, para no tener que enfrentarse a ellos luego en Italia; y en aquel momento podrían haber evitado las dos guerras, pero no quisieron. Ni tampoco asumieron nunca esa máxima que está siempre en boca de los sabios de nuestros tiempos⁴⁸, que dice que hay que aprovechar las ventajas que el tiempo trae consigo; al contrario, prefirieron confiar en su propia virtud y en su prudencia, porque el tiempo arrastra muchas cosas, y puede traer tanto el bien como el mal⁴⁹.

Pero volvamos a Francia, y examinemos si ha puesto en práctica alguna de las medidas que hemos mencionado; pero no voy a hablar de Carlos, sino de Luis^{*}, puesto que al haber dominado en Italia por más tiempo se puede apreciar mejor su evolución política, y podréis ver cómo hizo lo contrario de lo que hay que hacer para conservar un estado diferente⁵⁰.

Al rey Luis lo trajo a Italia la ambición de los venecianos, que querían apropiarse con su llegada de la mitad del estado de Lombardía. No voy a criticar la decisión del rey porque, considerando que quería entrar en Italia y que no sólo no contaba con amigos allí, sino que a causa de las pasadas acciones del rey Carlos tenía cerradas todas las puertas, se vio obligado a aceptar las amistades que le ofrecieron⁵¹, y hubiese podido darle buen resultado, si no hubiese cometido errores en las dem

acciones políticas. Así pues, una vez reconquistada la Lombardía, el rey volvió a tener el prestigio que le había quitado Carlos: Génova cedió, los florentinos le apoyaron, y el marqués de Mantua, el duque de Ferrara, los Bentivoglio*, la señora de Forlì, y los señores de Faenza, de Pésaro, de Rímìni, de Camerino y de Piombino, y las ciudades de Lucca, Pisa y Siena, todos fueron a su encuentro para aliarse con él⁵². Entonces fue cuando los venecianos se dieron cuenta de la temeridad que había cometido, ya que para conquistar dos territorios en Lombardía habían convertido al rey en dueño de un tercio de Italia⁵³.

Considérese ahora qué fácil hubiese sido para el rey mantener su poder en Italia si hubiese observado las reglas de las que hablábamos antes, y si hubiese protegido y defendido a sus aliados que, al ser muchos y débiles, temerosos los unos de la Iglesia y los otros de los venecianos, habrían tenido que mantenerse siempre fieles a él, y le habrían servido para controlar fácilmente a los que eran grandes⁵⁴. En cambio, en cuanto estuvo en Milán hizo exactamente lo contrario, y prestó ayuda al papa Alejandro** para que ocupara la Romaña, sin darse cuenta de que con esa decisión se debilitaba sí mismo, puesto que se quedaba sin sus aliados y sin aquellos que se habían echado en sus brazos, reforzaba a la Iglesia⁵⁵, añadiendo a su poder espiritual, que ya le daba una gran autoridad, un mayor poder temporal⁵⁶. Una vez cometido el primer error no tuvo más remedio que seguir, hasta el punto que, para frenar la ambición del Papa y evitar que se apoderase de la Toscana, tuvo que venir a Italia él mismo. Como si no fuera bastante haber fortalecido a la Iglesia y haberse quedado sin aliados, para poder conseguir el reino de Nápoles lo dividió con el rey de España⁵⁷ *; así, vino a poner en Italia alguien que le igualaba en poder, allí donde antes había sido el único señor, de forma que los ambiciosos y los descontentos tuvieron a alguien a quien recurrir; y además habiendo podido tener el reino de Nápoles a un rey tributario⁵⁸, lo sustituyó por otro con suficiente poder para expulsarle⁵⁹.

El deseo de conquista es sin duda algo totalmente natural y ordinario, y si un hombre es capaz de llevar a cabo una conquista siempre será elogiado por ello, o, por lo menos, no será criticado. Pero si no es capaz y, no obstante, se obstina en conseguirlo a cualquier precio, entonces es cuando se cae en el error y se reciben las críticas⁶⁰. Francia, por tanto, debía haber invadido Nápoles si podía hacerlo con sus propias fuerzas, pero no debía haberlo hecho a costa de dividirla. Y si es excusable que dividiera la Lombardía con los venecianos, porque de esa forma pudo poner pie en Italia, la división de Nápoles merece ser censurada, porque no se veía impulsado por la misma necesidad⁶¹.

Así pues, el rey Luis cometió los cinco errores siguientes: eliminar a los menos poderosos para aumentar el poder de un hombre ya poderoso dentro de Italia, introducir en el país a un extranjero poderoso, no venir a vivir al país conquistado y no mandar colonos. Errores que, por otra parte, tal vez no le hubiesen perjudicado mientras vivía si no hubiera cometido otro más: quitarles las tierras a los venecianos⁶³. Porque si no hubiese fortalecido a la Iglesia y no hubiese traído a Italia a los españoles, hubiese sido razonable y necesario debilitarlos, pero una vez que hubo tomado esas resoluciones, no tenía que haber permitido que el reino de Venecia se hundiera. Mientras los venecianos hubiesen sido poderosos habrían disuadido a los demás de atacar la Lombardía, en primer lugar porque no lo habrían consentido sin adueñarse de ella ellos mismos, y luego porque los demás nunca se la habrían quitado a Francia para dársela a ellos, y, desde luego, no se habrían atrevido a enfrentarse a los dos a la vez⁶⁴. Y si alguien dijera que el rey Luis cedió la Romaña al papa Alejandro y el reino de Nápoles a los españoles para evitar una guerra, yo le respondería con las razones que antes: nunca hay que permitir que los desórdenes aumenten con tal de evitar una guerra, porque sólo se consigue demorarla en perjuicio propio⁶⁵. Y si algún otro alega que el rey había prometido ayuda

al Papa en esa empresa a cambio de la anulación de su matrimonio y de la concesión del capelo cardenalicio al de Rouen*, le responderé con lo que a continuación voy a decir a propósito de las promesas de los príncipes y de cómo han ser observadas⁶⁶. El rey perdió, pues, la Lombardía por no haber observado ninguno de los términos que han observado otros que han conquistado una región que querían conservar, y no se trata de nada asombroso, sino de algo perfectamente normal y comprensible. Hablé de este asunto con Rouen en Nantes, cuando el Valentino (así llamaban popularmente a César Borgia, hijo del papa Alejandro) ocupaba la Romaña: habiéndome dicho el cardenal que los italianos no entendían de guerras, yo le contesté que los franceses no entendían de estados, porque, si así fuera, no dejarían que la Iglesia se volviese tan poderosa⁶⁷. Los hechos han demostrado que el poderío de España y de la Iglesia⁶⁸ en territorio italiano fue causado por Francia, que a su vez la ruina de ésta fue causada por aquéllas. De lo que se deduce una regla general, que no falla nunca o casi nunca: aquel que ayuda a otro a alcanzar el poder está condenado a caer⁶⁹, porque para conseguirlo habrá utilizado o su ingenio o su fuerza, y ambas cosas resultan incómodas para quien se ha vuelto poderoso⁷⁰.

IV. CUR DARI REGNUM QUOD ALEXANDER OCCUPAVERAT A SUCCESSORIBUS SUIS POST ALEXANDRI MORTEM NON DEFECIT

(POR QUÉ RAZÓN EL REINO DE DARÍO, CONQUISTADO POR ALEJANDRO,
NO SE REBELÓ A SUS SUCESORES, UNA VEZ MUERTO ÉSTE⁷¹)

Considerando las dificultades que existen para conservar un estado recién adquirido, a alguien podría sorprenderle lo siguiente: Alejandro Magno se apoderó de Asia en muy pocos años*, y apenas había acabado de conquistarla cuando murió, por lo que resultaría lógico que todo el estado se hubiese rebelado; sin embargo, sus sucesores lograron conservarlo⁷², y es más, las únicas dificultades que encontraron fueron las que surgieron entre ellos mismos por su propia ambición⁷³**. A eso responde que todos los principados conocidos están gobernados de dos maneras distintas: o mediante un príncipe de quien todos los demás son servidores, que le ayudan a gobernar el estado en calidad de funcionarios, por gracia y concesión suya, o mediante un príncipe y una corte de nobles, que gozan de esa condición no por gracia de su señor, sino por la antigüedad de su linaje. Estos nobles tienen estados y súbditos propios, que les reconocen como señores y les profesan su afecto espontáneamente⁷⁴. En los estados gobernados mediante servidores el príncipe tiene una mayor autoridad, porque no hay nadie más en todo el país a quien se reconozca como superior, y si los súbditos obedecen a algún otro, es en calidad de ministro y funcionario, y no le profesan ningún cariño⁷⁵.

Los modelos que representan estas dos formas de gobierno son, en nuestros tiempos, el Turco y el rey de Francia. Toda la monarquía turca está gobernada por un solo señor, y los demás son servidores suyos; su reino está dividido en sanjacados*, a los que envía distintos administradores que cambia o sustituye a placer⁷⁶. En cambio, el rey de Francia, en su estado, se halla rodeado por una multitud de señores feudales a los que sus súbditos reconocen y aman, y que tienen unos privilegios que el rey no les puede quitar sin correr peligro⁷⁷. Quien tome, pues, en consideración estos dos estados, encontrará con que el del Turco es difícil de conquistar, pero, una vez vencido, muy fácil de conservar. Por el contrario, el estado francés resulta más fácil de ocupar, en algunos aspectos, pero muy difícil de mantener.

Las dificultades para ocupar el reino del Turco residen en que no te pueden llamar los príncipes de su propio reino, ni puedes esperar que la rebelión de los que le rodean facilite tu empresa. Esto deriva de las razones anteriores⁷⁸: puesto que todos son sus esclavos y están sometidos a él, resulta más difícil corromperlos, y aun cuando estuviesen corrompidos no tendrían mucha utilidad, pues que, por las razones que ya hemos dicho⁷⁹, no pueden arrastrar a la población. Por tanto, quien ataca al Turco tiene que pensar que va a enfrentarse a un enemigo fuertemente unido, y es conveniente que confíe en sus propias fuerzas más que en la sublevación de otros⁸⁰. Pero una vez que el Turco ha sido vencido, y que haya sufrido en el campo de batalla una derrota que le impida reorganizar su ejército, no quedará otra preocupación que la del linaje del príncipe, y cuando éste haya sido eliminado no quedará nadie a quien temer, ya que los demás no tienen ningún poder sobre la población; en cuanto a ésta, así como el vencedor no podía esperar su ayuda antes de la victoria

sample content of El Príncipe

- [read Hitler's Second Book: The Unpublished Sequel to Mein Kampf book](#)
- [download **NGOization: Complicity, Contradictions and Prospects**](#)
- [download Mandela](#)
- [download online **Cambodia & Laos \(EYEWITNESS TRAVEL GUIDE\)**](#)
- [download online The New Mexico Farm Table Cookbook \(100 Homegrown Recipes from the Land of Enchantment\) pdf, azw \(kindle\), epub](#)

- <http://rodrigocaporal.com/library/Madame-Bovary--Hackett-Classics-.pdf>
- <http://dadhoc.com/lib/Renaissance--Assassin-s-Creed--Book-1-.pdf>
- <http://paulczajak.com/?library/Peterson-Reference-Guide-to-Molt-in-North-American-Birds--Peterson-Reference-Guides-.pdf>
- <http://weddingcellist.com/lib/Cambodia---Laos--EYEWITNESS-TRAVEL-GUIDE-.pdf>
- <http://cambridgebrass.com/?freebooks/The-Yoga-of-the-Nine-Emotions--The-Tantric-Practice-of-Rasa-Sadhana.pdf>